
HISTORIA Y CONCIENCIA HISTORICA DEL MEXICO CONTEMPORANEO movimientos sociales y cultura política

Jesús Galindo

El acontecimiento más importante de los últimos tiempos en el medio analítico de las formaciones sociales es el acercamiento entre la tradición del análisis histórico y la tradición del análisis social. Y no es que este diálogo no existiera, lo que ha sucedido es que la curiosidad de unos hacia otros ha aumentado en forma equitativa. Hoy, el campo de trabajo sobre lo social-histórico tiende a conformar una unidad, que ni es homogénea ni simple. Parte del importante suceso se debe a la enunciación de los problemas de investigación, parte de los nuevos problemas se debe a la aparición de nuevos fenómenos que replantean las cosas. Y si a esto se agrega la necesidad de revisar lo anterior a la luz de los recientes planteamientos, el cuadro resultante es de una productividad y vitalidad impresionantes. El recurso del orden, de la reflexión metodológica es la línea a seguir. En el pequeño umbral entre las tareas propias del trabajo con los datos y la reflexión teórica sobre su evaluación e interpretación, ahí es donde se promueve el espacio de construcción de una nueva perspectiva de análisis socio-histórico.

El asunto radica en gran parte en la voluntad de

construcción de un nuevo punto de vista y un nuevo objeto de estudio, y también en la necesidad de ambos elementos. El trabajo del investigador socio-historiador se plantea entre ambos aspectos. Por un lado la composición lógico-metodológica no tiene respuesta a todas las preguntas que se le hacen, se requiere por tanto un nuevo cuerpo de conceptos y reglas de relación. Por otro lado, los acontecimientos contemporáneos exigen marcos de la lectura y explicación, marcos que se internan en la complejidad de la actual organización social y en el origen de su configuración actual. Si alguna propuesta puede hacerse se ubicara en los márgenes de la necesidad y la voluntad, que los investigadores son actores sociales muy cercanos del núcleo forjador de la historia, su responsabilidad y compromiso es hacer frente a tan privilegiada situación.

La decisión de por dónde empezar puede aparecer como una tarea sumamente compleja o muy sencilla; lo que inclinará la balanza será el criterio con el cual se pretenda la decisión. Aquí se propone una línea de trabajo. ¿Por dónde empezar?, muy sencillo, por lo que se tiene enfrente, por la oposición básica entre lo conocido y lo desconocido, por la relación entre lo cercano y lo lejano. Y no se propone esta guía de trabajo como la única, existen otras; lo que se enfatiza es la necesidad de empezar por alguna parte, principio que conectará al todo por las partes, a lo particular con lo general, a lo inmediato con lo abstracto, a lo cotidiano con lo estructural.

La nueva investigación socio-histórica empieza hoy y aquí. Los parámetros del trabajo científico socio-histórico marcan ámbitos de su desarrollo, estos ámbitos se ubican en el tiempo y en el espacio; el primer tiempo es ahora, el primer espacio es aquí. Sin ir más lejos en esta proposición, en pocas palabras, el análisis socio-histórico empieza en el entorno inmediato del investigador, en el medio donde éste se encuentra ubicado. A partir de ahí

los ámbitos crecen y se diversifican; sabiendo el investigador desde dónde mira y cuestiona, podrá relacionar a las partes de la totalidad con mayor precisión. Esta perspectiva apunta al desarrollo de estudios socio-históricos del orden de lo local, de lo regional, sectorial, y desde ahí hacia lo general. /Sólo con la conciencia de lo particular y cotidiano se puede ascender a la conciencia de lo general y extraño; el investigador socio-historiador siguiendo esta ruta estará más cercano que nunca del conocimiento práctico, popular, de la entraña de la vida social misma./

¿Cómo se verifica esta proposición?. Precisamente este trabajo es un ensayo de respuesta a esa pregunta. Respuesta que se sintetiza en dos conceptos: movimientos sociales y cultura política. Respuesta que se localiza en el corazón mismo de la pregunta por la historia, los actores sociales y su conciencia del movimiento social, del cambio, de la composición de la organización global y particular. La pregunta por la historia toma forma y presencia cuando se considera en su constitución al actor de la historia, al actor particular y anónimo de la vida social, a la relación entre el actor y su historia. Aquí se plantea esta condición como primaria e irremplazable.

1. Movimientos sociales e historia.

1) *Historia regional contemporánea e historia nacional de los siglos XIX y XX.*

La composición social se debe a los movimientos sociales, bueno, pero en el caso de México ¿cuál ha sido la relación entre composición social y movimientos sociales? Para resolver esta cuestión se requiere una precisión previa, ¿cuál México? México se constituye como

entidad a partir de la independencia; el siglo XIX y el siglo XX son el lapso en el cual se compone el Estado nacional que denominamos como México. Y bueno ¿por qué preguntarse por México? Sencillo, porque existe, porque lo tenemos ante los ojos todos los días, porque es una realidad palpable. Es decir, al plantearse la pregunta por la historia de México, se presentan de inmediato una serie de consideraciones que necesitan de una aclaración, para no caminar con suposiciones sino con posiciones.

Entre todos los considerandos posibles que atrae la pregunta por la historia de México, se requiere privilegiar algunos para ordenar el trabajo de análisis y la toma de decisiones. Aquí se proponen dos como básicos:

- 1o.- La relación importante para el pensamiento historiador entre el México contemporáneo y sus orígenes, es decir, entre el hoy y el curso que va de la independencia y las ideas liberales hasta el siglo XX y la actualidad. Importante ante cualquier pregunta por la historia de México es empezar por el México contemporáneo.
- 2o.- La relación entre la historia regional y la historia nacional. Siendo la oposición una relación de ámbitos, de magnitudes, de extensión, la situación no termina ahí, habla también de la composición de la nacionalidad, de la constitución del Estado nacional. Esta construcción se lleva a cabo desde lo particular, desde la parte, y de parte en parte conforma esa globalidad compleja que incluye la concepción "México".

Privilegiar al México contemporáneo es una posición ante el trabajo del historiador, proponer la relación regional-nacional como elemental para el análisis histórico de México, es una prospectiva metodológica comprometida. Se propone estudiar la historia desde lo particular y a partir de la actualidad.

Empecemos por los hechos, México existe, preguntémosnos por México. Las primeras observaciones son evidentes, ¿qué es México hoy?, ¿cuáles son los antecedentes de este México contemporáneo?, en este sentido ¿hacia dónde se dirige México?. Sin lugar a dudas las tres preguntas se atan en la historia, son objeto del trabajo del historiador. ¿Por dónde empezar?, tal y como se ha apuntado, por este mismo momento y este lugar. ¿En qué dirección andar?, en la que marca la relación desde el ámbito particular al general y viceversa. Es decir, el principio es por el medio y la historia inmediatas, el primer techo general es la historia de la formación social mexicana en su totalidad. Aquí se propone un medio techo, el siglo XIX y el siglo XX.

Siguiendo esta forma de trabajo es contundente la necesidad de dar un lugar de privilegio a la historia regional, en el proceso general de comprensión de lo que es México. No hay sentido histórico cabal de la historia nacional, sin una rica y abundante historia regional. No se puede entender lo general sin la comprensión de la composición particular. Así pues, el programa de trabajo de la elaboración de una historia nacional, de una memoria y conciencia de lo general, principia en el fortalecimiento de las historias regionales, de las memorias y conciencias de lo particular.

2) Movimientos sociales e historia, la micro y la macro composición.

En nuestro medio siempre existen por lo menos dos historias, la versión oficial nacional, y la otra, la particular y generalmente descalificada. Hay otras historias, varios niveles de un edificio de varios pisos y largos pasillos. El edificio se ha ido legalizando, en la parte más alta están los historiadores y las historias oficiales; en la

parte baja, en los sótanos, los grandes olvidos voluntarios e involuntarios. La profesión de historiador se ha oficializado, se ha especializado, se ha separado en gran parte del curso de la memoria y el discurso espontáneo y no tanto de la gente ordinaria. Miles de versiones que tienden a uniformarse únicas versiones que se difunden masivamente. La historia es un asunto delicado, y como otros componentes de la subjetividad social, se ha convertido en objeto de trabajo particular de los centros del poder.

Las dos historias se perfilan en dos órdenes, el orden de lo general y el orden de lo particular. En el primero se localiza la legitimidad basada en el gran poder, en el segundo la legitimidad del poder local, uno y otro se miran a diario frente a frente, en ocasiones se confunden, en otras se oponen con violencia, ambos existen y se requieren para el orden general. La historia del poder grande sigue un camino que hoy se identifica con los libros de texto, con los programas de educación, los grandes medios de comunicación. La historia del poder pequeño camina por las veredas de la vida cotidiana, de los contactos informales de la tradición oral, y en ocasiones se monta en programas de dimensiones mayores por motivos políticos o económicos de diferente especie, e incluso por intenciones centralmente ideológicas. El caso es que las dos historias existen y coexisten en el seno de la vida social y sus contradicciones y situaciones específicas.

La historia está viva, vive en la matriz de las relaciones sociales, forma parte de las fuerzas que constituyen día a día a la totalidad social. La subjetividad social está cargada de historia. El oficio de historiador no monopoliza la idea de historia ni la materialidad histórica, tampoco es el poseedor único del discurso histórico, el historiador oficial posee la legitimidad sólo desde cierto lugar y en el sentido de cierto marco del discurso del poder.

¿Qué sucede entonces con el discurso de la historia que no proviene de la cima erudita de la academia y el poder? Esta es la pregunta por la relación entre la otra historia y la nueva historia de los nuevos historiadores.

La relación entre la otra historia, la historia del no especialista historiador, y la nueva historia de los historiadores, es la relación entre la macro y la micro/composición. Por supuesto que existen otros elementos que atraviesan esta situación, pero en cualquier sentido se tendrá que hacer referencia al discurso de lo particular y al discurso de lo general y los discursos de sus tránsitos y articulaciones. ¿En qué consiste esta relación?

La historia está viva porque existe en los actores sociales vivos. Para proceder a su elaboración explícita y textual se requiere de un método de escritura y lectura que involucra al historiador especialista y al actor portador y ejecutor de la historia. Este presenta de inmediato el problema de los ámbitos de referencia del discurso histórico. Para el actor social no especialista el ámbito más rico y para el cual él es un especialista es el de la micro-composición, el marco que se mueve en torno de la autobiografía. Para el historiador especialista todos los ámbitos están presentes, desde lo micro hasta lo macro social. En el contacto que se puede dar entre actor social no especialista e historiador especialista todos los ámbitos están presentes, dos lógicas los ordenan, dos puntos de vista los enfocan; el resultado es un producto en cierto formato académico y otro producto involucrado con la memoria, la conciencia histórica y la acción del actor no especialista. El proceso de esta relación es un asunto importante y medular para la redefinición del oficio del historiador y de la composición del discurso de la historia.

Pero la historia tiene una vocación de generalidad innegable, y aunque el procedimiento de elaboración de su discurso, bajo el considerando de su vitalidad generada por discursos vivos, trabaja desde el ámbito de lo par-

ticular, el objetivo final es de un tinte de colectividad, de totalidad, sea esta totalidad una región o la nación completa. Se requiere una trama de las acciones concretas en una red general. /La trama de las acciones individuales en la red de la historia social son los movimientos sociales./

Los movimientos sociales cubren a la acción social en su dimensión colectiva, ellos conforman los parámetros generales de la gigantesca matriz de las acciones individuales. El análisis histórico requiere de la perspectiva del cambio, de la ondulación y la transformación sociales, necesita describir, ordenar y entender a los movimientos sociales, a las acciones que conforman a la macro-composición, a la historia en un sentido general y total.

Lo que arma la relación entre la macro y la micro composición, en la relación de historiador y actores sociales no especialistas, es la ubicación de uno y otros frente y dentro de los movimientos sociales, movimientos que se localizan en el presente, se proyectan al futuro, y tienen sus raíces en el pasado. Entonces la historia tiene un sentido claro de relación con la vida cotidiana, el contacto entre lo general y lo particular verificado en el proceso mismo del análisis.

3) Movimientos sociales durante el siglo XX, las tres revoluciones en México.

El análisis de los movimientos sociales es el hilo conductor del trabajo del historiador de nuevo tipo. Ensayando esta tesis en el caso de México el método señala que se necesita la relación entre los grandes movimientos sociales generales, si los hay, y los movimientos sociales locales y regionales, que siempre los hay. Esta perspectiva mostrará la articulación entre micro y macro-composición. Concretamente una guía de hipótesis sobre la

composición del Estado nacional mexicano es de una unidad preciosa.

En la configuración del Estado nacional mexicano los antecedentes se remontan hacia La Colonia y la constitución de los Estados nacionales europeos y los EE. UU., pero con mayor precisión el fenómeno se ubica en el siglo XIX y el siglo XX. Y es el siglo XX el de la consolidación de esta forma general de organización social. Para el presente trabajo el siglo XX puede dividirse analíticamente en cuatro tramos de veinte años, y en el ámbito de la composición nacional general. Para esta división es clave el orden social surgido de tres grandes fenómenos sociales revolucionarios, que traen consigo sus respectivos movimientos sociales. La propuesta quedaría así:

1er. período 1900-1920

Al final de este período se verifica una revolución política de enormes proporciones.

2o. período 1920-1940

El país se consolida políticamente, se conforman las condiciones para una sociedad capitalista dependiente. Entre este período y el siguiente se verifica la revolución industrial mexicana.

3er. período 1940-1960

El modelo económico con definitiva presencia del Estado adquiere cuerpo y figura.

4o. período 1960-1985

Durante este período se verifica la revolución urbana, el proceso de urbanización derivado del período anterior da sus frutos, el resultado es una sociedad urbana sumamente compleja y gigantesca.

Las tres revoluciones marcan la historia general del país en este siglo, la política, la industrial y la urbana. Las tres traen aparejados movimientos sociales previos

y posteriores, las tres ligan cien años de vida nacional, las tres ligan a la nación y la región. El estudio detenido de las particulares relaciones entre los tres grandes momentos, y entre lo nacional y lo regional durante su desarrollo, puede dar las pistas para la composición de un discurso sobre la historia de México más completo, más preciso, más ordenado.

Los movimientos sociales que se enmarcan entre las tres revoluciones son de distinto carácter y composición, y adquieren características regionales peculiares respecto a su dimensión a nivel nacional. El movimiento privilegiado es el que se inicia con la revolución de principios de siglo. Con la revolución de 1920 el país sufre una modificación sustantiva en su composición, el efecto del movimiento armado no es igual en todo el territorio, ni las condiciones de su formación son homogéneas en todas las regiones, pero lo que sí sucede como perfil general es la promoción del movimiento geográfico y social. La migración, movimiento de grandes cuerpos de actores sociales y la movilidad social, el cambio de status, son fenómenos que la revolución armada impulsa vigorosamente, su efecto se continúa hasta nuestros días.

Con la paz social y la consolidación de una sociedad política centralista y fuerte, llega el capitalismo dependiente y la industrialización y urbanización del país; el movimiento social se intensifica. La culminación de esta catapulta económica es la revolución urbana; los movimientos sociales urbanos son los más importantes, en contraposición a lo que sucedía a principios de siglo.

Todo esto tiene su contraparte regional, su versión particular. El asunto no es obvio ni evidente. La completa y total historia del siglo XX está por explicitarse. La peculiar relación entre la memoria particular y colectiva con el proyecto que la aclara y la precisa, es una tarea que hoy ocupa a los mexicanos de todas las regiones

de este país.

II. Cultura política e historia.

1) *La composición y la organización social del México contemporáneo.*

El México contemporáneo coincide con la historia de la formación social mexicana del siglo XX. La contemporaneidad puede ser definida en términos de la relación directa con los acontecimientos que pueden ser recordados por los actores sociales mismos. Así, se pueden recoger testimonios sobre lo sucedido en México de boca de los propios actores desde una fecha que difícilmente pasará del siglo XX. Testimonios vivos de lo sucedido en el siglo XIX son prácticamente imposibles de recoger. Así pues, el historiador actual es un privilegiado, cuenta con los actores vivos que han vivido las tres revoluciones que conforman el México de hoy.

La historia del México contemporáneo puede ser elaborada en texto con una riqueza de detalles enormes; conviviendo en el México de hoy se encuentran varias generaciones cargando la experiencia de todo el siglo, son los actores de hoy y de mañana, lo fueron del ayer reciente. La relación entre acción y conciencia de la historia es un impulso espontáneo unificado. La tarea del historiador de aproximarse a la historia, al tiempo que se relaciona con los actores de ella es un hecho posible y deseable, necesario.

¿Cuáles podrían ser los grandes rasgos de esta historia contemporánea por elaborar al lado de sus actores?. Se requiere de un cuerpo de hipótesis que consideren la trama general del México de los últimos ochenta años. Con este cuerpo de hipótesis el acercamiento a la historia viva se facilita, un orden de premisas primario es adecuado hacia el principio de una labor como

la que aquí se propone. Este cuerpo de premisas debe considerar los elementos de composición general de la organización social de México en el tiempo. El orden para proponerlas puede seguir la lógica de las tres macro-composiciones: lo económico, lo político y lo ideológico.

Sobre los aspectos económicos el marco de definición es relativamente claro, México ha recorrido durante estos ochenta años el camino de una sociedad económicamente subordinada a la lógica del gran capital. Las formas de capitalismo por las que puede pasar analíticamente el México del siglo XX coinciden en gran parte con los modelos que sobre capitalismo dependiente se han elaborado. Las peculiaridades que nuestro país tiene al respecto son objeto del trabajo al detalle, ni todo el país es homogéneo, ni el capitalista ha sido el mismo durante casi un siglo.

Los aspectos políticos van muy relacionados con los económicos. La formación del Estado ha marcado la historia del siglo XX mexicano. Así, tanto en lo estrictamente político de la organización del territorio y de la voluntad social en un Estado nacional controlado desde el centro, como en la gestión y administración económica del país, el pacto social que compone al Estado en México, es el fenómeno más importante de todos los que se pueden señalar. Lo que el PRI-gobierno ha significado para México es algo de tan grandes proporciones que aún falta una descripción detallada del proceso que lo ha hecho posible, así como de los aspectos y peculiaridades que este eje ordenador del todo social presenta a nivel regional.

En lo que respecta a lo ideológico la situación es bien interesante. Por una parte tenemos la obra desarrollada por parte del gobierno surgido de la revolución de 1920 a través del aparato de la Secretaría de Educación Pública; el efecto es impresionante. Por otra parte está

la principal herencia colonial para el México de hoy, la religión católica y su iglesia. La identidad mexicana le debe más a la religión que a ninguna otra forma de composición y organización ideológica. Y finalmente el principal evento de los últimos veinte años, los medios de comunicación colectiva, con la radio y la televisión al frente, sin olvidar el rol que jugó el cine en los veinte años anteriores, y el rol que juega el comic para la cultura contemporánea. Así pues la composición ideológica es compleja, el estudio de las particularidades se antoja una empresa superlativa y necesaria, ahí se localiza el discurso de la historia espontánea, ahí se ubica la conciencia particular y colectiva. El fenómeno ideológico articulado al político y el económico, configura la trama sobre la cual el análisis de historiador actuará al enfrentar el discurso del actor social, es por tanto sumamente importante su manejo con exactitud y precisión.

Con un marco semejante al enunciado se inicia el trabajo de elaborar la historia del México contemporáneo junto con el actor que la hace. A un marco inicial como este se le agregarán y quitarán matices y premisas; de cierto lo que le sucederá es que se irá modificando a lo largo de la labor, y que al final de cada etapa de trabajo el esquema será cada vez mejor.

2) *Lo particular y lo general en la historia. Los niveles de composición.*

Obtenido un marco general de apoyo analítico, el paso siguiente es ir a lo particular y empezar el trabajo con el discurso de los actores sociales vivos, pero previo a este paso se requiere un mapa de análisis etnográfico-geográfico para hacer manejable la información que el actor social va enunciando. El mapa no es sencillo de elaborar, y en todos los casos se debe adaptar a las características regionales del lugar donde se realice el trabajo

de análisis histórico.

El hilo que teje la construcción del mapa es la relación entre lo particular y lo general. Si por un lado se tienen los grandes marcos de composición, y por otra parte se tienen los elementos de la micro-composición obtenidos del discurso sobre lo particular, la pregunta es ¿se puede construir la historia regional y nacional con estos dos niveles de composición?. La respuesta es sí, pero existe un matiz, si se tuviera la capacidad analítica de trabajar con todos los niveles intermedios posibles que van de lo general a lo particular, eso sería lo más adecuado. De ahí entonces que la meta del mapa es la proposición sobre la mayor cantidad de niveles de composición posibles para el análisis y elaboración de la historia.

Las partes que componen al mapa son fundamentalmente las mismas que constituyen una buena guía etnográfica, es decir, apuntan hacia la descripción exhaustiva de la composición social, enfatizando la relación entre la micro y la macro-composición. Un énfasis habría que hacer a este marco, las situaciones en las que participa la gente, las interacciones en las que se ven involucrados los actores, los lugares y los tiempos por los que transitan, éstos deben ser los elementos claves del trabajo etnográfico que apoya al análisis histórico.

Sería a partir de las situaciones que se pueden ordenar los niveles de composición social. En el primer nivel están las situaciones concretas, le siguen las secuencias de situaciones y el entramado en el tiempo y el espacio, y así hasta llegar a los grandes marcos sociales y sus movimientos generales. El actor social tiene referencialidad al mundo según los lugares por los que transita y el tiempo que se relaciona con ellos. En esos lugares le pasan cosas, le sucede la vida, se escenifican las situaciones. Estos lugares forman una gran red de relaciones posibles y probables, estos lugares definen el rol y el status del actor social. Los vínculos entre lugares, tiempos y acto-

res conforman niveles de organización social. La tarea del historiador es reconstruir los patrones de acción e interacción entre los actores sociales, definir los motivos y objetos de acción, ordenar los marcos de relación general entre tipos de actores y de acciones, hasta llegar al nivel de los movimientos sociales.

El ordenamiento que tales procedimientos permiten, busca retomar la espontaneidad del discurso particular del acto social armándola en un tejido formal que permita su análisis. Y en otro sentido propuestas así consiguen subir la escalera de lo particular hacia lo general sin perder escalón alguno. Hay que tomar en consideración que el trabajo se inicia en una descripción de lo presente, y de ahí se mueve hacia atrás. Este movimiento analítico es complejo y requiere de un metódico y sistemático ejercicio de la imaginación y la lógica.

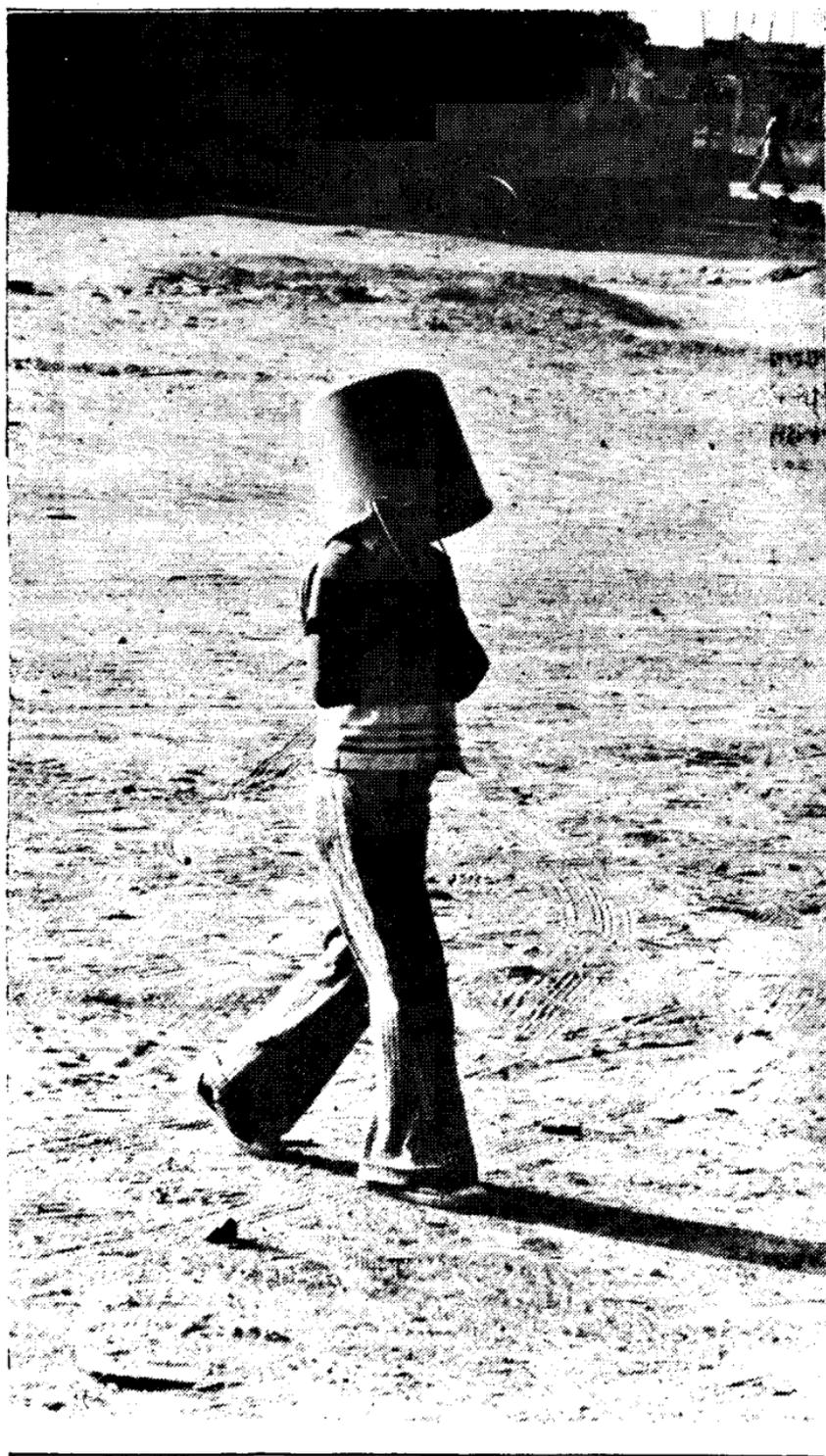
3) *El actor social, la historia contemporánea y la cultura política.*

El actor social particular es el centro del proceso de elaboración de la historia del México contemporáneo; entender su rol dentro del análisis y formación del discurso sobre la historia es una necesidad básica.

La pregunta por el actor social en este proceso tiene dos aspectos relevantes. El primero apunta hacia la praxis, el actor como el hacedor de la historia. El segundo apunta hacia el análisis, el actor como sujeto de memoria y conciencia de la historia. Los dos aspectos se relacionan entre sí en la unidad de la composición social, ante el historiador se separan y funcionan en forma relativamente independiente.

Los actores sociales actúan su cotidianeidad y componen al mundo social, en este movimiento se entrelazan factores subjetivos y objetivos. El movimiento pue-

Fotografía / Nacho Gómez Arriola



de ser observado desde su fase exterior, registrándose las relaciones que se verifican en la composición objetiva, de ahí pudieran inferirse algunas regularidades y llegar incluso a una modelización de la vida social. La otra perspectiva es la que aquí interesa, la historia como el ejercicio de voluntades y de puntos de vista, la acción social como producto de ciertas fuerzas subjetivas, la acción social como promotora de condiciones objetivas, imaginadas de cierta manera con anticipación. No es que la decisión sea tajante en la opción entre una y otra perspectiva, de hecho las dos se mezclan siempre, lo que se subraya, es el énfasis en la composición subjetiva del mundo social, en la concepción del mundo como un mundo imaginado y representado además de sentido.

Y bien, si los actores sociales han construido el mundo contemporáneo, si lo han hecho en medios específicos y con ciertas relaciones particulares, es sencillo pensar que de todo ello tienen alguna idea, imagen, visión, recuerdo, de la misma manera que tienen una prospectiva, expectativas del mundo por venir, de la sociedad futura. Este es el orden con el cual el historiador se pone en contacto en el proceso que aquí se ha venido presentando.

¿Cuál es el lugar analítico que ocupa el actor social en todo este asunto?. Para responder a esta pregunta el concepto de cultura política es útil. En el contexto de estas proposiciones, se entiende por cultura política a la conciencia que de la organización social y de la historia de esa organización social tienen los actores sociales. Esta conciencia se arma en un lugar concreto, en ciertas prácticas particulares, en referencia con objetos y personas específicas. El concepto de cultura política señala la relación que los actores sociales tienen de forma individual y colectiva con su medio mediato e inmediato, la relación del actor con el orden y el ordenamiento, la relación futura que hay entre la subjetividad particu-

lar y grupal-sectorial con el orden social de lo particular y lo general.

Si para elaborar el discurso sobre la historia contemporánea los actores en particular son los elementos centrales, un marco de conceptualización de la relación entre ellos y el mundo general es útil; el concepto de cultura política tiene este rol dentro del trabajo del historiador de frente a la subjetividad particular de los actores.

Lo particular y lo general vuelven a aparecer como la oposición-relación fundamental. El nombre de esta relación es el nombre de la relación entre el individuo y la sociedad, entre la vida cotidiana y la organización social global. El primer nivel de trabajo en esta relación es el sincrónico, la explicitación de la situación y la posición de los individuos en la organización social de hoy. Para este nivel el trabajo propiamente etnográfico es suficiente. El segundo nivel es el histórico, el individuo ante su memoria y conciencia de lo sucedido, el mundo de hoy como espejo a veces claro y a veces borroso de lo que fue ayer. Para este nivel el asunto de la historia individual y la historia general tiene complicaciones extras.

Reconstruir la historia regional y nacional a partir de historias de vida tiene algunos problemas, todos ellos vinculados a la duda por la expresión de la subjetividad, por la objetivación de una objetivación previa interiorizada. El método propone aquí trabajar con la relación social y la asociación colectiva. Si los individuos participantes de los acontecimientos por reconstruir elaboran conjuntamente un discurso sobre ello, en el tránsito de la primera evocación al acuerdo sucederán otras cosas, tan valiosas como es el efecto que sobre la conciencia tiene el ordenamiento de información. El trabajo de análisis histórico adquiere así una composición preñada de actualidad y de futuro. En todo el proceso el historiador

funciona como promotor y como observador, de hecho se dan dos procesos paralelos y complementarios, el que se verifica en el grupo y el que se verifica en el historiador.

La elaboración histórica es una tarea política, adquiere toda su dimensión con la participación de los actores sociales, escritores directos en la práctica del hacer diario. El trabajo del historiador es una labor de frente a la acción, no sólo la acción pasada sino la acción de hoy y la por venir. El rol del historiador tiene una importancia muy grande en el proceso de toma de conciencia de los actores sociales de su propia historia, y por tanto en la configuración de nuevas formas de conciencia y de organización social.

III. Modelo de análisis de la historia contemporánea de México. (Apuntes hacia una nueva práctica en la elaboración del discurso histórico).

1) *Actores contemporáneos, el pasado y el futuro. La conciencia y la acción en el tiempo y en el espacio.*

Para un análisis histórico la primera preocupación es por la dimensión temporal de la composición social. La temporalidad social se elabora en diversos ritmos, cadencias, lógicas, y al mismo tiempo es una inmensa ola moviéndose en un solo compás. Al intentar una reconstrucción histórica las temporalidades regionales y particulares se cruzan con una gigantesca temporalidad que cubre a la totalidad social. En este momento un sector social es contemporáneo de todos los demás en un sentido, y no lo es en otro. Las actividades se relacionan unas con otras, los actores sociales forman parte de pequeñas y grandes redes de interacciones, la visión del todo tiene una presencia innegable, pero también está la particula-

ridad, la referencia a lo único e irrepetible, el curso de la vida individual y local. La historia total es un espectáculo de miles de formas y colores diversos, casi innumerales. La visión del todo y de las partes, el orden de lo general y de lo particular, el antes y el después moviéndose a distintas escalas e intensidades.

La temporalidad se ordena en marcos específicos, su configuración depende del tipo de actores y sus respectivas rutas de vida. Al nombrar la historia general nombramos un nivel de composición de la temporalidad, los distintos niveles dependen de los distintos órdenes en los cuales los actores sociales se ven involucrados, órdenes internalizados en forma particular y que configuran de manera heterogénea el campo general de la composición temporal de lo social.

Los actores contemporáneos están distribuidos según ciertos patrones de composición espacial y temporal, no es sólo que vivan en lugares distintos, también viven temporalidades distintas. El ordenamiento espacial responde a múltiples factores y no es difícil de constatar, es evidente; unas gentes viven aquí, otras allá. El ordenamiento temporal es un poco más complicado de entender, se liga con la composición subjetiva de lo social. Físicamente todos los actores sociales viven el mismo en el veinte de mayo de 1985; subjetivamente no, para unos es un veinte de mayo, para otros, otro. Esto se descubre en el análisis histórico desde lo regional. Conocer y ordenar analíticamente estas diferencias y similitudes es una tarea primordial del nuevo historiador.

2) *Actor y medio. Historia y geografía regional y nacional.*

El espacio es la segunda dimensión de la composición social importante para el trabajo de elaboración de la historia regional y nacional contemporánea. Mé-

xico es un territorio espacialmente muy grande, las regiones que lo componen se definen por criterios de diversa índole. Por ejemplo, la orografía y composición física definen ciertos poblamientos, los intereses coloniales definieron otros, los actuales polos de desarrollo definen a todos. Como podrá inferirse, la composición demográfica es elemental para el trabajo de un historiador, detrás de estas descripciones se encuentran una gran cantidad de factores de diversa importancia.

La unidad ecológica entre actor y medio marca la historia de cada lugar y de cada sujeto social. Un historiador deberá estar atento a las características del medio en el cual el actor social se desenvuelve, este medio puede ser una campiña verde y productiva, un desierto duro e intransigente, o una ciudad con millones de habitantes y miles de calles de peculiaridades únicas. El medio también narra una historia, a su modo, en un lenguaje que se cifra en objetos y arquitectura, en rasgos naturales y cultura. El actor expresa en sí mismo su tránsito por el medio que lo ha envuelto, la relación de actor y medio constituye la materialidad objetiva de la cual se forma el discurso sobre la historia.

La relación entre el actor y el medio es la clave de la distancia entre el nivel nacional y regional de la historia. El medio puede ampliarse o reducirse según el momento y el lugar. Por ejemplo, el sistema nacional de ciudades se constituyó hasta hace unos pocos años en toda la extensión del territorio nacional, antes el contacto de lugar a lugar se mediaba demasiado por la ausencia de relaciones comerciales y de vías de comunicación; en sentido estricto sólo estaba conectado el centro del país a través del eje México-Veracruz y México-frontera norte. Hoy el sistema nacional existe, pero aún son muchas las regiones poco comunicadas. El que una zona esté más o menos comunicada por infraestructura en carreteras, ferrocarril o puertos, o que tenga una defi-

ciente relación con la sociedad nacional a través de los medios de comunicación, hace la diferencia. El país es uno antes de la comunicación, otro después. Lo que un actor social percibe de su medio en un momento y otro es muy diferente, la relación con su medio inmediato se modifica, la relación con el mediato también, la historia se transforma por consecuencia.

3) *La sociedad nacional y la conciencia histórica en el siglo XIX y el siglo XX.*

El proceso que se ha propuesto se ubica dentro de una investigación mayor que podría titularse, "Sociedad, nación y conciencia histórica". Durante el siglo XIX y el siglo XX se ha ido componiendo la nacionalidad mexicana y el Estado nacional de México, lo que ha sucedido durante esos más de ciento cincuenta años en este país con la gente que lo ocupa, es la pregunta por la historia de México, y particularmente lo que ha sucedido durante el siglo XX es la pregunta por la historia contemporánea de México.

¿Cuál es el México que la gente está viviendo hoy?, ¿de dónde viene esa concepción, esa idea, ese sentimiento?, ¿cuántos Méxicos existen y en dónde?. Estas y otras preguntas son las guías del trabajo por la historia de México que un historiador se hace prospectivamente, en una relación cercana con los actores directos de la historia actual y sobre todo del futuro. Su materialidad de trabajo es el discurso de la gente, la manifestación discursiva de la objetividad interiorizada, la versión directa de lo que el mundo actual, pasado y futuro es para la gente.

El análisis de la cultura política —conciencia de la organización social y de la historia— y su vinculación a la acción social y los movimientos sociales en un sentido analítico permite una gran riqueza de comprensión y ex-

plicación, evidentemente un paso superior es la vinculación no sólo analítica sino práctica, lo cual es relativamente sencillo, por lo menos en cuanto intención, ya que la forma de trabajo implica una relación muy cercana con los actores sociales mismos. Es decir, el análisis de la historia de nuestra formación social junto con los actores directos da margen a actividades restringidas de la práctica de la historia como ciencia convencional.

4) Recordar para transformar. Información y comunicación en el proceso de relación conciencia-práctica de la Historia.

Pendiente de un hilo en toda esta proposición está el asunto de las redes de información-comunicación, esto por varias razones. Por un lado los actores sociales al moverse en ciertas redes están delimitados en el acceso a cierta información, es decir, su saber se define por las fuentes de información de que disponen, no todo es experiencia directa. Por otra parte, al despegar el proceso de elaboración del discurso sobre la historia regional y nacional, el asunto de las redes se torna en crucial, será por ellas que los actores difundan lo que están actualizando, será por ellas que los actores amplíen su marco de conocimiento, será por ellas que tomen decisiones sobre tal o cual versión. Así pues, las redes de comunicación-información cumplen ciertas funciones antes y durante el proceso de análisis histórico.

En todo esto el historiador cumple un rol importante. Al llegar a la gente la situación a propósito de la memoria y la conciencia de la historia puede presentar distintas configuraciones; a partir de la llegada el fenómeno adquiere otras proporciones, el historiador propone como objeto de atención detenida a la historia del actor social. Con la llegada del historiador el actor social adquiere el rol de historiador, este fenómeno impul-

sa el oficio de escribir la historia, de hacerla explícita de manera extraordinaria. Lo que sucede a partir de la formación de esta comunidad de análisis histórico queda definido por la dirección que siga el curso cotidiano a partir del hecho mismo de la toma de conciencia histórica.

El proceso pudiera subtitularse "recordar para transformar", pero no necesariamente, las relaciones entre la conciencia y la práctica pasan por la evaluación de las necesidades percibidas por los sujetos sociales; el caso es que tomar conciencia de lo que sucede y de sus antecedentes no lleva por necesidad a la iniciativa de transformarlo en la práctica. De cualquier modo, lo que sucede de hecho es que se promueve con esta propuesta la toma de conciencia histórica —es decir, de la historia, es decir, la cultura política—, y este hecho no es secundario, coadyuvará a la identidad, al fortalecimiento de la voluntad popular, cualesquiera que sean los objetos que ésta tome como necesarios de desarrollar.

Conclusión.

A manera de conclusión y no como conclusión propiamente, pueden señalarse dos ideas que han ido paralelas a lo largo de toda la argumentación. Las dos ideas no deben tomarse como síntesis, para ello se requeriría de otros elementos, son más bien recursos del énfasis, subrayados, claves de ordenamiento que podrían ser útiles para regresar sobre todo lo dicho. En algunas líneas las dos ideas son las siguientes:

- 1a. -- Los movimientos sociales y la cultura política (conciencia de la organización social y de la historia) son elementos del análisis de la composición social que están vivos, existen en la trama actual de las relaciones sociales, forman parte de ellas. El mundo siempre se presenta

ordenado en cierto modo: el que un especialista en el ordenamiento de lo social comparta y asuma la difusión de sus instrumentos de conocer y aprehender el mundo, es un acontecimiento de enormes proporciones. El historiador es un especialista en esta situación, cumplir su rol es su oficio y su compromiso ineludible.

- 2a.— La historia empieza por la historia contemporánea. El análisis histórico principia por el punto de vista de los actores sociales que están haciendo la historia en la práctica. El historiador no puede dar vuelta a esta situación eludiendo al presente y al futuro. El oficio del historiador mira en principio hacia el futuro, esto lo hace de frente al presente dirigiendo con cuidado su reflexión y su visión hacia el pasado. El historiador siente, imagina y piensa; nadie como él para acercar el ritmo de composición de nuestro tiempo con la partitura de organización de todos los tiempos.

Lo que aquí se ha querido decir es, como sucede en estos casos, realmente muy poco. El interés manifiesto en sacar a la historia de los marcos de la exclusiva erudición y/o el círculo de la legislatura oficial. Para ello se propone mirar a lo particular, retomar la vida (del ámbito de lo local y regional, la composición social) de lo cotidiano actual y antecedente. Para ello se sugiere realizar la escritura de la historia con la gente y no sólo sobre la gente. Quizá no es del todo claro y oportuno; lo que es definitivo es que pide una toma de posición.